

Los trabajos del espíritu de Ángel Crespo

Dionisio Cañas

UN título como éste posiciona inmediatamente al autor, Ángel Crespo, que lo escogió para ponerlo al frente de sus diarios/memorias: el espíritu parece necesitar de acciones muy poco espirituales y pragmáticas, las del trabajo diario del hombre. Y, en efecto, en *Los trabajos del espíritu* (1999), vemos y oímos al poeta manchego leyendo libros, plantando árboles, viajando, dando conferencias, dirigiendo revistas, dando clases, amando, criticando, escribiendo, pensando, reflexionando y soñando. Presenciamos, pues, la existencia, en toda su complejidad, de uno de los poetas más importantes del siglo veinte en lengua española. *Los trabajos del espíritu* es un libro editado póstumamente por Pilar Gómez Bedate, la esposa del escritor, que recoge parte de los diarios de Ángel Crespo, los escritos durante 1971-1972 y 1978-1979, y que refleja muy fielmente esa dualidad que expresa su título: la de las labores cotidianas de un poeta, de un traductor, y la de las reflexiones mucho más trascendentales de este mismo hombre sobre estética, ética, política y cultura en general. O sea, un autorretrato integral (aunque parcial) de su vida, del origen de su obra y de su pensamiento.

Como documento, pues, *Los trabajos del espíritu* es un libro imprescindible para conocer la vida y la obra de Ángel Crespo durante los años antes mencionados, pero como muy bien señala el autor en este diario “afortunadamente, la literatura no se agota ante ningún análisis. Su conocimiento no tiene límites: ni principio ni fin. Es como el mar: la manera de conocerla es sumergirse en ella, navegarla, salirse y volver a entrar”. Es decir, si bien la lectura de estos diarios nos pueden ayudar a entender mejor la obra de Ángel Crespo, en absoluto hay que tomar las claves que aquí nos revela para extraer un significado definitivo de su poesía y su prosa, sino que sólo si nos sumergimos en ella podremos disfrutarla plenamente y, quizás, disfrazarla parcialmente.

Entonces, ¿a qué nos sirve leer el diario o las memorias de un poeta? Pues nos sirve a conocer mejor la máscara (porque cualquier diario es también una obra de creación) que el poeta quiere que recordemos; su rostro oculto no lo conoceremos jamás. Porque, y espero que quede bien claro, estas memorias, por muy realistas que sean, por muy auténticas que sean, por muy sinceras que sean, no son nada más que el retrato parcial de este extraordinario poeta y traductor que, junto a Carlos Bousoño, José Ángel Valente y Guillermo Carnero, son las figuras fundamentales del pensamiento poético de la segunda

la poesía de ese mismo periodo, que los hay muchos y excelentes, sino que me refiero a poetas españoles que reflexionan sobre la poesía, fuera y dentro de su propia obra, de una manera sistemática. Es posible que a muchos lectores de la poesía peninsular les parezca una simplificación extrema el reducir a estos nombres el pensamiento poético español de la segunda mitad del siglo veinte, pero si miramos bien, entre los poetas que también se han dedicado al pensamiento sobre la poesía hay muy pocos poetas como Bousoño, Valente, Crespo y Carnero, que hayan dedicado una buena parte de su vida a “pensar la poesía”. Además, Ángel Crespo no sólo reflexiona sobre la poesía en estos diarios que ahora comentamos, sino que también lo hace en numerosos artículos sueltos, prólogos y, de una manera muy original y casi única en España, con las traducciones de poesía de varios idiomas que fue una forma de su creatividad y su reflexión poéticas.

En una de sus anotaciones de *Los trabajos del espíritu*, escribe Crespo: “Toda mi vida ha sido una lucha ininterrumpida por la dedicación total a la poesía” (p. 389). Con estas palabras se inician unas páginas en las cuales el escritor repasa su trayectoria vital para explicar cómo llegó a conseguir dedicarse casi exclusivamente al estudio y la creación de la poesía. Pero, claro está, sus obligaciones laborales y sociales (como queda bien reflejado en este diario) a veces le impedían esa dedicación plena a lo que fue su verdadero sustento espiritual: la poesía. No obstante, tanto su vida laboral como los acontecimientos políticos y sociales que ocurrieron durante la época que abarcan estos diarios, se convierten en el autor en un detonador para expresar una esperanza última: que la vida social y cultural del mundo occidental sea menos materialista y más espiritual. Detengámonos en uno de esos acontecimientos que marcaron el curso de la historia y que servirían a Crespo para reflexionar sobre esa falta de espiritualidad en occidente que tanto preocupaba al poeta.

La revolución iraní, que culminó con la subida al poder del ayatolá Jomeini y la creación de una República Islámica en Irán, se convirtió en uno de los acontecimientos históricos más significativos de los años 1978 y 1979; esto no dejó indiferente a Crespo y escribió lo siguiente: “Simpatizo, en cambio [no estaba de acuerdo con la invasión de la embajada norteamericana por parte de los seguidores de Jomeini], con el rechazo de la civilización tecnológica y la sociedad de consumo por parte del Islam, del que este episodio es un síntoma” (p. 393). Y más adelante se pregunta: “¿Será posible un rechazo en nombre del espíritu y no del fanatismo? [...] tengo esperanza de que, un día, la humanidad descubra que el poder económico y el Estado son sus dos grandes azotes. ¿Será el Islam capaz de ponerla en camino de comprenderlo? En este sentido, cuenta con toda mi simpatía” (p. 394). Sin duda treinta años después de haber sido

sociedad más espiritual, sino porque, en efecto, el conflicto entre materialismo pragmático, espiritualidad y fanatismo está más vigente que nunca en la sociedad actual. Y también porque el poeta supo ver, hace tres décadas, que aquel conflicto de Irán era un síntoma de que quizás se estaba cocinando una “guerra mundial solapada”, que es lo que venimos padeciendo desde 11 de septiembre del año 2001.

Esta lucidez ante la Historia es una constante en *Los trabajos del espíritu* y nos plantea un problema: ¿cuál es la relación entre poesía e Historia? “La poesía consiste en ser exacto con lo inexacto sin convertirlo en exacto” (p. 87), escribe Crespo en su diario. El poeta en sus memorias nos habla de una forma muy clara y contundente de su relación con la realidad “histórica” que le rodea y sin duda ésta le sirve a veces, por reacción o rechazo, como detonador para escribir su poesía. Pero no haciendo una poesía referencial o panfletaria (como ocurrió con buena parte de la poesía social española de la posguerra) sino contando la Historia desde esa manera de “ser exacto con lo inexacto sin convertirlo en exacto”. Porque, como escribe más adelante en este libro, “el hombre está necesitado de belleza gratuita y, sobre todo, de belleza en la que sentirse implicado”.

Si bien la Historia de un país, o de unos países, involucran al poeta en su devenir de nómada, y si bien el poeta no permanece ciego, ni sordo, ni mudo ante los acontecimientos históricos, su voluntad es la de crear una “belleza en la que sentirse implicado”, no con una poesía panfletaria, sino con una poesía que añade belleza o reflexión a nuestro acercamiento a la Historia. Así, el poeta y la poesía se convierten en dos elementos imprescindibles y complementarios de la Historia, porque lo que nos ofrecen es una imagen del ser humano que podríamos haber sido, que podríamos ser, y la Historia sólo es el testimonio más o menos veraz de lo que hemos sido, porque la poesía puede ser el “espíritu” de la Historia.

Difícilmente se puede reducir la riqueza de *Los trabajos del espíritu* a unas cuantas páginas, porque son muchos los temas y muy variados los planos que este libro trata. Sin embargo, a pesar de la pluralidad y diversidad contenida en este volumen de Ángel Crespo, una voz única emerge poderosa y firme durante el recorrido de estos cuatro años de su vida. Es la voz de un talante ético y estético singular, casi único dentro de la literatura española de la segunda mitad del siglo veinte en España.